

**Gomes, Miguel (2015). “Retrato de un caballero”.
Caracas: Seix Barral. pp. 237**

**Gomes, Miguel (2015). “Portrait of a gentleman”.
Caracas: Seix Barral pp. 237**

**Gomes, Miguel (2015). “Portait d’un chevalier”.
Caracas: Seix Barrals pp. 237**

Omar Osorio Amoretti

Universidad Católica Andrés Bello / Universidad Simón Bolívar
osorioamoretti@usb.ve

Luego de un poco más de dos décadas de producción literaria dedicadas al género narrativo breve, la aparición de *Retrato de un caballero*, por parte de Miguel Gomes (Caracas, 1964), es un hecho, como mínimo, noticioso dentro del mundo de la literatura nacional. Desde la publicación de *Visión memorable* (1987) hasta *Julieta en su castillo* (2012), han visto la luz nada menos que ocho libros compuestos de cuentos y un par de noveletas, generando la impresión de estar ante un “cuentista absoluto” a la manera de Julio Garmendia, Gustavo Díaz Solís o Igor Delgado Senior. Hasta ahora.

Su lectura, en principio, no nos sorprende, pues si hay algo conocido para quienes conocemos su trabajo (al menos desde *Un fantasma portugués* [2004]) es la conexión deliberada entre uno o más personajes, motivos o ambientes geográficos a lo largo de sus numerosos relatos, donde, por lo general, priva una estructura narrativa clásica en la cual se desarrollan, entre otras posibilidades, temas cotidianos, no pocas veces cargados de eventos eróticos. Nada de esto falta en el libro, donde volvemos a toparnos con figuras como Alexandre Gomes, Hermógenes Casal, Mr. Quinn o Verónica, además del emblemático *Arte y sexualidad en la civilización occidental*, que tuvo su propio protagonismo en *Viviana*

y otras historias del cuerpo (2006). Estamos, pues, ante un producto articulado a un ciclo narrativo mayor (un poco parecido al planteado en su momento por Honoré de Balzac con *La comedia humana*), donde la longitud material de la ficción sigue siendo algo secundario.

Con todo, en esta nueva obra, a pesar de que se sintetice y armonice la mayoría de los tópicos, estilos y situaciones recurrentes en sus escritos anteriores, encontramos un acentuado carácter lúdico en su construcción que demanda al lector otra dinámica interpretativa. La novedad no es de índole estructural (lejos estamos de la arquitectura de *La muerte de Artemio Cruz* o *Rayuela*), sino más bien conceptual y lingüística. No es un reto conocer la historia del libro, pero sí lo es adivinar, reconocer y conectar la vasta cantidad de extranjerismos crudos insertos en sus páginas; intercalación de géneros; referencias culturales en los planos de la música, el arte, la poesía y las relaciones intertextuales que dimensionan la naturaleza de la anécdota que se lee. Obviarlos implicaría abandonar una serie de vasos comunicantes de peso en la construcción de su proyecto estético, y no creemos equivocarnos cuando decimos que la literatura está compuesta por algo más que un interesante contenido.

Así las cosas, no es fortuito, por ejemplo, que el libro esté estructurado en tres paneles en vez de tres capítulos, donde, al tratar las diversas etapas vivenciales de Lucio Cavaliero (“Lucio furioso”, “Lucio *perplesso*”, “Lucio *innamorado*”), estas hagan una analogía perfecta con los trípticos de las artes plásticas y produzcan una suerte de simbiosis simbólica entre el título *Retrato de un caballero* (el cual es reforzado en la portada con la pintura de un joven de aspecto noble —cual caballero en ejercicio de la pluma—, realizado por Bronzino) y la autobiografía (forma escritural con la cual “dibujarse”) de alguien apellidado Cavaliero. Esto representa de por sí un juego en el proceso de su decodificación, donde el sentido de muchas cosas están ahí, aunque no del todo expedito, y la inteligencia de quien lo lee se ve obligada a salir de su espacio operatorio rutinario para captar esas pistas desperdigadas a lo largo de sus páginas y adosarlas.

Uno de estos guiños importantes se encuentra en el epígrafe inicial: “*But when I came to man’s estate, / With hey, ho, the wind and the rain...*” (“Pero cuando llegué a la edad madura / con, qué más da, el viento y la lluvia...”). La frase pertenece al final de la comedia *Noche de reyes*, de Shakespeare, y nos señala el derrotero a transitar: la historia de Lucio Cavaliero contada (o escrita, da igual en este caso) por él mismo, desde ese momento en el que ya es un hombre. Estamos, pues, ante una autobiografía donde percibimos cambios en el personaje, el cual comienza siendo joven y pobre para terminar al final siendo rico y cincuentón. En el transcurso de este tiempo habrá de vivir un número considerable de peripecias, que abarcan toda la gama de episodios rocambolescos, eróticos, humorísticos, violentos y fantásticos del libro.

Es muy probable que para la mayoría de la gente esta cadena ininterrumpida de eventos lo deslumbe de tal manera que le resulte imposible concretar un principio general dentro de tantas acciones individuales. No sería atípico

encontrar personas que piensen en *Retrato de un caballero* como tres cuentos largos conectados por un mismo protagonista o que, sin más, no entiendan de qué va tanta odisea, cuál es su interés o función dentro del todo (mucho más si se toma en consideración el final, un tanto trunco, de la novela, algo por lo demás común en Gomes: todo lo que escribe, sin pináculo alguno en la trama, concluye como comenzó: en medio de las cosas). En nuestro caso, no pudimos escapar a la primera impresión de que muchos de los componentes generadores de extrañeza o de dificultad intelectual en la historia (inclusión de diálogos extranjeros, referencias históricas mezcladas con las ficticias, paratextos, etc.) estaban colocados ahí en calidad de aditamentos, de sucesos circunstanciales expuestos por un autor interesado en exponer en el plano narrativo aquellos recursos que harían a la obra susceptible de ser estudiada en los círculos académicos (no está de más recordar que Gomes es profesor de literatura en la Universidad de Connecticut). Así, la presencia de un personaje venezolano en los Estados Unidos pareciera aludir a las llamadas “narrativas del exilio”, mientras que los diversos enfoques ejecutados en la construcción del texto podrían llevar a un estudio pormenorizado de sus estrategias discursivas desde el punto de vista narratológico, pasando por conocer la posible visión particular del fenómeno político venezolano representada en la figura de los chavistas presentes en la trama o los numerosos diálogos pululantes al respecto.

La razón radica en que en muchos de los casos, estos elementos no tienen un peso suficiente como para considerarse constitutivos del escrito. El hecho de que, en la primera parte del panel, a Lucio Cavaliero comience, sin explicación alguna, a crecerle el pene en dimensiones insospechadas durante sus experiencias amorosas no da pie para hablar de una obra erótica o fantástica, ni siquiera humorística, por mucha hilaridad que pueda generarle a alguien lo que le ocurre después, pues nada de lo acaecido tiene incidencia directa en el curso posterior de los acontecimientos. Lo mismo podría decirse de su ira hacia Migdalia Vestalia Marcano Silva, la periodista cultural ligada al Gobierno chavista que termina por calumniarlo en su país, lo que lo lleva a tomar una *vendetta* literaria: escribir una suerte de ídolos rotos del siglo XXI donde pueda denostar a su sociedad. Por alguna razón, el episodio no pasa a mayores, y después no se sabe en qué queda la empresa. Sucesos de este tipo son los responsables de generar la impresión de estarse leyendo elementos innecesarios dentro de todo el conjunto.

Más allá de la interrelación entre varios libros, encontramos un vínculo con otro género que matiza y hasta explica esta aparente ligereza, y es que, aunque cueste verlo, la novela alude en su composición a la antigua picaresca española. Lo afirmado no obedece a una veleidad, pues en cierto momento se menciona, aunque de pasada, al *Lazarillo de Tormes*. Al igual que en la obra anónima, estamos ante una simulación de las escrituras del yo, donde una primera persona cuenta su vida con detalles y ejerce de esta manera un efecto de veracidad muy cercano al de la verdad histórica, gracias a la coincidencia nominal o tácita entre el “autor”, el “personaje” y el “relato”, con la salvedad de que en el de Gomes, además, se difuminan adrede los linderos entre la realidad y la ficción, al incluir, junto a personajes y acontecimientos inventados, referentes concretos

y verificables (como ocurre con la exhumación de los restos del Libertador por parte del teniente coronel Hugo Chávez y su correspondiente enlace de Youtube expuesta en la trama).

Asimismo, Cavaliero es un hombre marcado por la marginalidad, aunque por causas asaz distintas a las del mozuelo del siglo XVI. Es un suramericano en tierra anglosajona; escritor sin grandes contactos, su desgracia en el mundo de las letras viene acompañada de la económica, por lo cual llega a prostituirse por dinero (aunque sin disgusto); su calvario es sentimental al perder a su madre, corporal al enfermarse y fatal al ser involucrado en unos supuestos papeles inéditos de Bolívar que le granjean la persecución de los chavistas. Solo la vejez y la fortuna heredada de un familiar le permitirán salir a flote y poder vivir sosegado. Cuando se descubre este eje, gran parte de esas historias secundarias adquieren coherencia, pues se integran como parte de esa vida agitada, itinerante y llena de sinsentidos propia de los crápulas, los tunantes y los malandrines abandonados a su propia suerte.

Lo anteriormente señalado nos lleva a percibir con buenos ojos esta primera novela de Miguel Gomes (cuya especificidad resulta irrelevante a los fines propuestos por el autor), quien es consecuente con un modelo de escritura sencillo y lineal en su ordenamiento, aunque los referentes y la información desplegada ha sufrido un giro radical al cruzar de manera metódica contenidos, modos discursivos y lenguajes pertenecientes a varios géneros o fundir ámbitos delimitados por la tradición, como el ya mencionado límite entre realidad y ficción. Estas transgresiones la acercan a nuevas tendencias literarias en donde el arte posee, más que una cualidad inmaterial, sublime y eterna, una calidad artificiosa, y por ende la arbitrariedad autoral es el principio rector en esos nuevos procedimientos creativos.